

Los dos propósitos se cumplieron. Unos murieron en el combate sobre su tierra de Arizona, aquella donde Gerónimo quería volver y hacer volver a su pueblo expatriado. Otros acabaron desterrados en Florida.

En 1970 apenas quedaban diez mil. Los apaches que, como los demás indios, apenas intuyeron la noción del Estado, tienen ahora una cierta consciencia de sí mismos. Las luchas de Gerónimo contribuyeron a ello y algunas de sus esperanzas se mantienen vivas: "Nos gustaría ser libres de volver a la tierra que es nuestra por derecho divino (...). No reclamamos toda la tierra que nos dio el Omnipotente al principio, sino sólo la suficiente para cultivarla. Aceptamos gustosamente que el hombre blanco cultive la que no necesitamos". La reciproca no es cierta. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## Attila Jozséf, el hijo de la lavandera

En enero de 1937, Thomas Mann recibe una invitación para dar una conferencia en Budapest. Esta nueva visita, en circunstancias excepcionales, va a despertar en los círculos antifascistas del país una expectación inusitada.

El Tercer Reich acaba de pri-

var al novelista de su nacionalidad alemana y, para colmo, la Universidad de Bonn le ha desposeído de su doctorado "honoris causa".

También Hungría está atravesando momentos graves. El regente Horthy y el jefe de su Gabinete, Gömbös, han impuesto a la política del país una orientación claramente fascista que se traduce en una vinculación cada vez más estrecha con los intereses del Tercer Reich.

Para la presentación de Mann ha escrito una oda a modo de saludo el poeta de treinta y dos años Attila Jozséf, colaborador de la revista liberal de izquierda que ha invitado al autor de los "Buddenbrooks". La Policía, que conoce el contenido del poema de Jozséf, ha tomado mientras tanto buena nota de las advertencias que en él se hacen contra esos "Estados monstruos que roen sin tregua al humanismo" y "los venenos que quieren infiltrarnos", por lo que, en el último momento, prohíbe su lectura pública. Al día siguiente, la prensa liberal cita, al comentar el acto, el último verso del poema censurado y en el que elogiosamente se califica a Mann de "europeo entre los blancos".

Después de su conferencia, Thomas Mann viajará a Viena y, meses más tarde, como tantos otros huidos del nazismo, se trasladará a los Estados Unidos.

Por su parte, Attila Jozséf se suicidará en diciembre de ese mismo año, víctima de una neurosis, arrojándose a la vía del tren en un pueblecito junto al lago Balatón.

De tan trágico modo acababa la trayectoria vital del poeta más grande, junto con Emre Ady, que ha tenido Hungría en lo que va de siglo.

Hijo de un obrero de Budapest, al que apenas conoció, y de



Attila Jozséf.

una lavandera de la que pronto quedó huérfano, Attila Jozséf tuvo una infancia difícil en la que hubo de hacer de todo: vendió agua en los cines y periódicos por las calles, robó leña para calentarse, trabajó en las barcas del Danubio. Todo ello lo cuenta el propio Jozséf en el breve "currículum" autobiográfico que figura al frente de la antología publicada por Vi-

sor (1). Durante el difícil periodo de entreguerras, los poetas e intelectuales húngaros más inquietos y comprometidos organizaron el movimiento llamado de los "investigadores de aldea", cuyo objetivo era dar a conocer a la opinión pública las miserables condiciones de vida de los tres millones de campesinos, sin tierras que vivían en el país.

Como hijo de obrero urbano, aunque, por ausencia de su padre, criado entre campesinos, Attila Jozséf va a prestar su voz, singular y personalísima, a la expresión de los problemas y aspiraciones de ese doble proletariado. Su poesía será la caja de resonancias que haga armónicamente audibles el sordo dolor del hombre, de todo hombre, y el grito de protesta, tantas veces sofocado, de una clase de hombres a los que se pretende negar incluso esa condición.

La temática fundamental amorosa y un tanto anarquizante de su primera etapa se irá así abriendo a una creciente preocupación social, a una cada vez más fuerte compromiso revolucionario, que le llevará, durante los años treinta, a militar en el partido comunista clandestino. Sin embargo, el amor y un cierto e ingenuo sentimiento religioso seguirán nutriendo su poesía hasta el final.

Gran conocedor del folklore húngaro, en el que su poesía hunde sus raíces más profundas, Jozséf supo combinar ritmos y modos tradicionales con la brillantez imaginística y la complejidad técnica de las vanguardias europeas: constructivismo y, sobre todo, expresionismo.

Más lo que da autenticidad a su poesía es ese claroscuro de desesperación y confianza, de dolor y de fe, de orfandad y sentimiento solidario, de abatimiento y de elevación, que hace del destino individual del poeta paradigma del destino del hombre.

En la obra del húngaro Attila Jozséf encontramos esa desgarradora humanidad que, en este siglo, sólo contados poetas, llámense Vallejo o Hernández, han acertado a transmitirnos.

■ JOAQUIN RABAGO.

(1) Versión del poeta cubano y premio Casa de las Américas, Fayad Jamís.

